

## Capítulo 10

### EL ESPÍRITU RESTAURADOR

#### 10.0 Introducción

El diseño divino sobre nuestro mundo y nuestra historia es sólo destruido por el pecado y el mal, productos de la libertad humana y la autonomía mundana. Su redención fue obtenida por Jesucristo, realización perfecta del Diseño divino, mediante el proceso kenótico de su encarnación, su muerte y su exaltación. Pero esta redención ha de realizarse también en nosotros y aun en todo el universo, por la acción vivificadora, a la vez trascendente e inmanente, del **Espíritu santo**. Ella **restaura los destrozos históricamente acaecidos en el diseño divino**, y restaura a los niveles personal, interpersonal y aun cósmico, en orden a preparar la consumación escatológica de nuestra historia.

Veamos cómo es el Espíritu santo, el nuevo abogado prometido por Jesús, quien **nos restaura del pecado**, dándonos una y otra vez la vida sobrenatural (§10.2). Y veamos cómo es Él quien va preparando la **restauración escatológica** de la creación, a nivel personal y al **de la “koinonía”** o comunión interpersonal (§10.3). Esa restauración es en realidad la gestación, tras la que **“dará a luz” la nueva creación**, en el momento escatológico de la gloriosa manifestación divina (§10.4).

Pero presentemos antes al Espíritu santo en sus características más propias, en su **realidad intratrinitaria** como la unidad del ser divino y como el ser mismo del amor, y en su **relación con la creación** como el soporte de la auto-trascendencia de la materia hacia la vida, el espíritu y la vida sobrenatural (§10.1).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Estas características intratrinitarias del Espíritu santo están inspiradas en el libro ya clásico *Dios como misterio del mundo* (JÜNGEL 1976) y en el llamado “nuevo trinitarismo”, que parte de la llamada “Regla de RAHNER” 1960 (véase, por ejemplo, LACUGNA 1991).

El carácter restaurador del Espíritu, retoma ideas de una comunicación reciente mía (DONCEL 2002). La función del Espíritu en la evolución biológica está inspirada en *El Dios de la Evolución* (EDWARDS 1999), que prolonga las reflexiones de Karl Rahner, inspiradas por la concepción teilhardiana.

La acción inmanente y kenótica del Espíritu está inspirada en *Dios en la creación* (MOLTMANN 1985) y también en la Encíclica *Dominum et vivificantem* (JUAN PABLO II, 1986). La concepción cósmica del momento escatológico como cesación de la kénosis está inspirada por *La venida de Dios* (MOLTMANN 1995).

La función del Espíritu en la resurrección de Jesús y en la resurrección de los muertos está bien estudiada en tesis recientes (MÜLLER 1980 y DABNEY 1997). La representación femenina y maternal del Espíritu se basa en *El Espíritu de la vida* (MOLTMANN 1991) y en *La madre divina* (GELPI 1998).

### 10.1 El Espíritu como amor trinitario y don vivificador

Nuestra tradición cristiana nos habla del misterio de un Dios trino y uno: trinidad de “personas”, Padre, Hijo y Espíritu santo, en unidad de “naturaleza” divina, idéntica en las tres. Las reflexiones de nuestra teología concluyen que esas personas divinas se distinguen exclusivamente por sus relaciones mutuas.<sup>2</sup> Por ejemplo, una tradición muy antigua presenta las tres personas trinitarias como “el Amante, el Amado y el Amor”.<sup>3</sup> Según ella, el Espíritu santo resulta ser la personificación intradivina del amor.

Dice un conocido e inspirado texto de Juan (1Jn 4,8): «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque **Dios es amor**.» Esta es, sin duda, la más profunda definición del ser mismo de Dios, de la plenitud de su íntima vida interpersonal. Comparémosla con otra afirmación que Juan pone en boca de Jesús (Jn 4,24): «**Dios es Espíritu**, y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y verdad». Ese ser espíritu señala la intimidad inmanente, el sondear hasta las profundidades del ser (cf. 1Co 2,10). Es lo que expresaba Agustín, cuando afirmaba de Dios: «es más íntimo que mi propia intimidad».<sup>4</sup> Así que ese Espíritu «sondea las profundidades del Padre y del Logos-Hijo... No sólo es el testigo directo de su mutuo amor... sino que Él mismo es este amor. Él mismo, como amor, es el eterno don increado.»<sup>5</sup>

Y, dada la decisión trinitaria libre de crear un mundo, motivados por un “principio antrópico cristiano” (cf. §9.4), es en fuerza del Espíritu santo que Dios implica a los seres humanos en su vida de amor. Todo amor es kenótico, también el eterno amor intratrinitario, en cuanto que cada persona divina ha de vaciarse para dejar espacio existencial a las otras (cf. §8.3, especialmente nota 25). Pero esa **kénosis del Espíritu** es especialmente auto-vulnerante, cuando se relaciona con la contingencia humana y el pecado, como se hace patente en la muerte y el abandono de Jesús en la cruz. En ella el Espíritu, cuya función trinitaria consiste en dar vida interpersonal y unión amorosa, restaura la vida humana sobrenatural a través del sufrimiento kenótico. Veamos cómo lo afirma Juan Pablo II en su encíclica sobre el Espíritu santo, *Dominum et Vivificantem*.<sup>6</sup>

#### JUAN PABLO II, “El Espíritu transforma el sufrimiento en amor” (1986)

Si el pecado ha engendrado el sufrimiento, ahora el dolor de Dios en Cristo crucificado recibe su plena expresión humana por medio del Espíritu santo. ...

El Espíritu santo, como amor y don, desciende en cierto modo, al centro mismo del sacrificio con el fuego del amor, que une al Hijo con el Padre en la comunión trinitaria. ... El Espíritu Santo es revelado y a la vez es presentado como amor que actúa en lo profundo del misterio pascual, como fuente del poder salvífico de la cruz de Cristo y como don de la vida nueva y eterna.

<sup>2</sup> Afirmación tradicional, que entra en consonancia con el concepto de persona de la psicología actual, basado sobre las relaciones interpersonales, más que sobre su propia integridad.

<sup>3</sup> Esta tradición es recogida también en: S. AGUSTÍN, *Tratado sobre la Trinidad*, XV, 3, 5 (pp. 166s de la edición de la BAC); véase también, *ibídem*, VIII, 10, 14 (p. 436).

<sup>4</sup> “Intimior intima mea” en: S. AGUSTÍN, *Confesiones*, III, 6, 11. Véase en este mismo contexto JUAN PABLO II, 1986, n. 54.

<sup>5</sup> *Ibídem*, n. 34.

<sup>6</sup> *Ibídem*, n. 41. Sobre la kénosis del Espíritu, véase la tesis doctoral dirigida por Moltmann, DABNEY 1997.

**Eberhard Jüngel**, en su obra ya clásica *Dios como Misterio del Mundo*, identifica **el Espíritu santo**, a través de la muerte y resurrección de Cristo, con la **unidad del ser divino**, y con el **ser mismo del amor**; y, supuesta nuestra existencia mundana, nos ve implicados por Él en el amor divino, resaltando el aspecto desinteresado de ese amor.<sup>7</sup>

**EBERHARD JÜNGEL, “Dios como acontecimiento del Espíritu” (1976)**

La muerte de Jesucristo, que obliga a distinguir entre Dios [que entrega] y Dios [que es entregado], sólo se comprenderá cuando se experimente –en virtud de la resurrección de Jesucristo– que los modos-de-ser divinos del Padre y del Hijo (que en la muerte de Jesús se apartan uno de otro en una distinguibilidad mayor de todo lo que se puede pensar) se vuelven a referir mutuamente, uno a otro como distintos entre sí, *en el Espíritu santo*. El Espíritu santo es, junto a Padre e Hijo, una tercera relación divina, a saber: la relación entre las relaciones del Padre y el Hijo; por tanto, la relación de las relaciones, y en esa medida una relación eternamente nueva de Dios a Dios.

Esa relación *eternamente nueva* de Dios a Dios se llama cristológicamente resurrección de entre los muertos y ontológicamente es el ser mismo del amor. Dios, en la *unidad* del Padre que entrega y el Hijo entregado, es el *acontecimiento* de la donación o entrega que en la relación de amante y amado es el amor mismo. El *Espíritu* procedente del Padre y el Hijo es quien, garantizando la distinguibilidad, constituye la unidad del ser divino como el acontecimiento que es el amor mismo. Nos encontramos ante la diferencia más fundamental entre Dios y el hombre. Porque ciertamente existe el amor entre los seres humanos. Pero éstos ... nunca son el amor mismo. Es imposible que un hombre sea el amor. Sólo el Espíritu de Dios, en cuanto relación de relaciones, constituye el ser del amor como acontecimiento.

**La relación del Espíritu santo con la creación** aparece ya en el Antiguo Testamento, donde se usa la expresión “el Espíritu de Dios”, “la Ruáh Yahwéh” (palabra en hebreo femenina, que podríamos traducir por “la brisa o ventolera”, “la exhalación o respiración” de Dios). Su actividad aparece en el primer relato de la creación de cielos y tierra: «El Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas» (Gn 1,2). Y aparece solemnemente dando vida al primer hombre, según el segundo relato de la creación: «Yahwé Dios formó al hombre con barro e insufló en sus narices espíritu de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Gn 2,7).<sup>8</sup>

Un salmo que canta a Dios, como Soberano y Providente para con todas las criaturas, resalta el papel vivificador de su Espíritu, en un texto bien conocido: «Envías tu Espíritu y [todos los vivientes] son creados [o recobrados], y **renuevas la faz de la tierra**» (Sal 104,30).

Isaías describe su influjo en la vida “espiritual” del Mesías davídico, enumerando los llamados “dones del Espíritu santo”: «Reposará sobre él el Espíritu de Yahwé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahwé» (Is 11,2).<sup>9</sup>

<sup>7</sup> JÜNGEL 1976, p. 476 de la versión castellana; traducción retocada por mí.

<sup>8</sup> Cf. JUAN PABLO II, 1986, n. 34.

<sup>9</sup> Juan Pablo II resalta en su encíclica la acción del Espíritu antes de la venida de Cristo, como también su acción fuera del ámbito social de la Iglesia: *ibídem*, n. 53.

En nuestra visión rahneriana de la evolución como creación continua dinámicamente auto-transcendente (cf. §7.4), ha de atribuirse al **Espíritu santo** el dinamismo divino que **soporta esa auto-transcendencia hacia la vida** y aun hacia la filiación sobrenatural. Veamos cómo lo expresa el buen teólogo católico Denis Edwards, en su obra *El Dios de la evolución*:<sup>10</sup>

**DENIS EDWARDS, “El Espíritu vivificador como poder ... evolutivo” (1999)**

Karl Rahner ha discutido esta idea [de la actividad creativa de Dios a través de la auto-transcendencia dinámica], especialmente en su Cristología evolutiva. Ve a los seres humanos como la auto-transcendencia de la materia hacia la auto-conciencia ante Dios. Ve a Jesús como aquél en quien la auto-transcendencia del universo hacia Dios alcanza su estadio final e irrevocable. Él es ambas cosas: la auto-transcendencia del universo hacia Dios y la absoluta auto-comunicación de Dios a la creación. Veo el pensamiento de Rahner rico y estimulante, y creo que puede ser desarrollado añadiendo la idea de que el proceso de auto-transcendencia puede verse como la obra del Espíritu santo, en y mediante el cual el Dios tri-uno es inmanente a todas las cosas. Basilio, haciendo eco de las Escrituras, describe al Espíritu como el Dador-de-vida y el que perfecciona. En un marco evolutivo, yo sugeriría que es el Espíritu dador-de-vida y perfeccionador el que constituye el poder que permite a las creaturas trascenderse a sí mismas. Es el Dador-de-vida el que permite el movimiento de despliegue del universo primitivo desde el big-bang, el comienzo de los procesos nucleares en las estrellas, la formación de nuestro sistema planetario, la emergencia de vida sobre la tierra, y la evolución de los seres humanos auto-conscientes. Es este mismo Espíritu el que hace posible la vida y ministerio de Jesús de Nazaret dentro de nuestra historia evolutiva y cultural, como el ser humano radicalmente lleno-de-Espíritu.

Con esta última frase pone Edwards la acción creadora del Espíritu en la misma línea de su acción salvadora en Cristo, tal como suele desarrollarse hoy en el cuadro de una **“cristología pneumática”**. En ella se pondera la acción del Espíritu en Cristo, desde su concepción y su bautismo, sus misiones universales y su “Abbá”, hasta su resurrección y exaltación (Lc 1,35; 3,22; 4,1.14.18; 10,21; Hch 1,2; Rm 1,4).<sup>11</sup>

Pero el Espíritu santo ha de realizar, como veremos, una acción especial, restauradora en el mundo, en relación al pecado humano. Pecado que la Biblia presenta desde los orígenes (Gn 3-4) con sus repercusiones cósmicas (Gn 3,17 y 5,29; cf. Rm 8,20-22).<sup>12</sup>

<sup>10</sup> EDWARDS 1999, p. 90. Recuérdese §9.3, p. 70.

<sup>11</sup> “Cristo” significa “ungido”. Porque “Dios ungió a Jesús con el Espíritu santo” (Hch 10,38). El “Abbá” de Cristo, especialmente el de la oración en Getsemaní, ha de ser pronunciado –como el nuestro, según veremos– en la fuerza del Espíritu (Ga 4,6; Rm 8,15). Esta acción pneumática en Cristo podemos haberla desatendido los cristianos occidentales por insistir en el “Filioque” (en que el Espíritu procede del Padre “y del Hijo”). Pero habríamos de ver al Espíritu como enviado por el Padre a Cristo y, después de la resurrección, por Cristo a nosotros (Jn 7,39; 16,7; ver §10.2). Sobre esta Cristología pneumática, véase: HERON 1983, CONGAR 1984 y MOLTSMANN 1991. Véase también JUAN PABLO II, 1986, especialmente nn. 15-21.

<sup>12</sup> Sobre esta acción del Espíritu en relación al pecado y al sufrimiento humanos, véase también JUAN PABLO II, 1986, n. 39, último párrafo.

## 10.2 El Espíritu como Abogado y como restaurador del pecado

En los sinópticos Jesús, nos habla del Espíritu santo como del gran don del Padre. Recordemos sus sentidas palabras:

### El Espíritu como don del Padre (Lc 11,11-13)

<sup>11</sup>¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide pan, le da una piedra; o, si un pescado, en vez de pescado le da una culebra; <sup>12</sup>o, si pide un huevo, le da un escorpión? <sup>13</sup>Si pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu santo a los que se lo pidan!

En el evangelio de Juan, Jesús alude claramente al Espíritu santo bajo la imagen bíblica del “agua viva”, en la celebración de la fiesta de las tiendas. Una glosa del evangelista lo deja bien claro:

### El Espíritu que vendrá tras la glorificación de Jesús (Jn 7,37-39)

<sup>7,37</sup>El último día de la fiesta [de las tiendas], el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: “Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba <sup>38</sup>el que crea en mí. Como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva.” <sup>39</sup>Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.

Pero es en el discurso de despedida tras la cena pascual, donde Jesús hace la promesa solemne de otro Abogado, Espíritu de la verdad, procedente del Padre, continuador de su obra, recuerdo de su enseñanza, guía hasta la verdad completa. Recopilemos estos cinco textos importantes:

### El Espíritu como otro Abogado, que procede del Padre (Jn 14,15-17.23b-26; 15,26-27; 16,7.12-15)

<sup>14,15</sup>Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; <sup>16</sup>y yo pediré al Padre y os dará otro Abogado, para que esté con vosotros para siempre, <sup>17</sup>el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. ...

<sup>23</sup>Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. <sup>24</sup>El que no me ama no guarda mis palabras. Y mi palabra no es mía, sino del que me ha enviado. <sup>25</sup>Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. <sup>26</sup>Pero el Abogado, el Espíritu santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho. ...

<sup>15,26</sup>Cuando venga el Abogado, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré de junto al Padre, Él dará testimonio de mí. <sup>27</sup>También vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

<sup>16,7</sup>Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Abogado; pero si me voy, os lo enviaré; <sup>8</sup>y cuando Él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; ...

<sup>12</sup>Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. <sup>13</sup>Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. <sup>14</sup>Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. <sup>15</sup>Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros.

Traducimos por “Abogado” el término técnico “Paráclito” o “Paracleto” (en griego “Parákletos”), que significa “**Abogado defensor**”, “Intercesor”, o también “Consejero”, “Consolador”. Tiene, pues, una clara función personal para con el Padre y para con nosotros, y es “otro” puesto que Jesús mismo es nuestro primer “Abogado defensor”.<sup>13</sup> Es también el “**Espíritu de la verdad**”, en cuanto que (fortaleciendo nuestra fe) nos da testimonio de Jesús glorificado, nos recuerda todas sus enseñanzas, y nos guía hasta “la verdad completa”, relativa a la futura comunicación de las realidades divinas. Se dice también de Él (en un texto difícil) que “**convencerá al mundo en lo referente al pecado**”, es decir, que nos hace patente el pecado humano, especialmente la incredulidad y el rechazo de Jesús por los suyos.<sup>14</sup> Le convencerá asimismo “en lo referente a la justicia”, obtenida ya definitivamente al menos en la glorificación de Jesús, y “en lo referente al juicio” y condena del “príncipe de este mundo”, la fuerza que a lo largo de nuestra historia va fomentando la esclavitud al pecado frente a la amistad con Dios.

**La venida del Espíritu** es un acontecimiento post-pascual, asociado a la experiencia de la resurrección de Jesús y a la fundación y misión de la Iglesia. El evangelio de Juan lo subraya, al presentar a Jesús efundiendo el Espíritu santo a los discípulos reunidos, en su aparición la tarde misma de la jornada de Pascua. Y junto con el Espíritu les da **la misión y el poder de perdonar pecados**: «<sup>21</sup>Jesús repitió: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió también yo os envío.” <sup>22</sup>Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu santo. <sup>23</sup>A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados;...”» (Jn 20,21-23).

La versión del “historiador” Lucas en sus “Hechos de los Apóstoles” sitúa esta efusión del Espíritu en la fiesta de Pentecostés, cincuenta días exactos después de la de Pascua. Tras describir una solemne teofanía con ráfagas de viento y lenguas de fuego sobre los discípulos reunidos, dice simplemente: «quedaron todos llenos del Espíritu santo...» (Hch 2,4). Y tras describir la pública manifestación y predicación de Pedro, recoge así la exhortación de éste a los cerca de tres mil que acogieron aquel día su palabra y quisieron hacerse seguidores de Cristo: “Convertíos y que cada uno de vosotros **se haga bautizar** en el nombre de Jesucristo, **para remisión de vuestros pecados**; y recibiréis el don del Espíritu santo; pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y *para todos los que están lejos...*” (Hch 2,38).

Fue, en efecto, experiencia de Pedro (Hch 10-11) y Pablo (Hch 13-15), ambas solemnemente revalidadas en la Iglesia de Jerusalén, que en Jesucristo era ofrecida **la salvación a todo el mundo**, tanto a judíos (“hijos de la Promesa”), como a gentiles (“los que están lejos”; cf. Ef 2,17-18): «quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu santo había sido derramado **también sobre los gentiles**» (Hch 10,45). Y es que la salvación no depende ya de la Ley, sino de la fe en Jesucristo. En el rito mismo del bautismo de inmersión, símbolo de identificación con su muerte y resurrección –como dirá Pablo– «os habéis revestido de Cristo:

<sup>13</sup> Jesús es nuestro “Abogado ante el Padre” (1Jn 2,1); su oficio es “interceder” por nosotros (“entygcháein”: Rm 8,34 y Hb 7,25; cf. Hb 9,24).

<sup>14</sup> Recordemos el prologo de Juan: “Vino a los suyos y los suyos no le recibieron” (Jn 1.11; cf. §9.1 y §9.4, B’). La encíclica *Dominum et Vivificantem* dedica enteramente una de sus tres partes a “El Espíritu que convence al mundo en lo referente al pecado”: JUAN PABLO II 1986, Parte II, nn. 27-48.

ya no hay judío ni gentil, esclavo ni libre, hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois de Jesucristo.» (Ga 4,27-28)

En el bautismo somos “**santificados** en el Espíritu **santo**” (en griego, “to Πνεύμα **hágion**”; véase Rm 15,16). Nuestra salvación se obtiene mediante esta “santificación del Espíritu”(2Te 2,13; 1Pe 1,2). Y, al ser pecadores, ella exige una tarea de restauración, simbolizada también por el rito del bautismo: hemos de ser “lavados” y “justificados” para ser “santificados” (1Co 6,9.11). Y **so**mos justificados «no en base a las buenas obras que hubiéramos hecho, sino **por el baño de regeneración y renovación<sup>15</sup> del Espíritu santo**, que Dios derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nuestro salvador Jesucristo» (Tt 3,5-6).

Pero, dada nuestra debilidad, esa acción restauradora del Espíritu, ha de repetirse una y otra vez. San Pablo insiste en que es el Espíritu santo, y no las obras de la Ley, quien **libera nuestro espíritu de “la carne”** (“he sárks”), es decir, de “los bajos instintos”, no exclusivamente los sexuales. Vale la pena transcribir ampliamente su texto a los Gálatas sobre las obras contrapuestas de “la carne” y el Espíritu (véase también Rm 8,4-9.13):

#### El Espíritu nos libera de “la carne” (Ga 5,16-6,1)

<sup>5,16</sup>Por mi parte os digo: Caminad según el Espíritu, y no cederéis a las apetencias de “la carne”. <sup>17</sup>Pues “la carne” tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a “la carne”, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisiérais. <sup>18</sup>Pero si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley.

<sup>19</sup>Ahora bien, las obras de “la carne” son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, <sup>20</sup>idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, <sup>21</sup>envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios.

<sup>22</sup>En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, <sup>23</sup>mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. <sup>24</sup>Pues los que son de Jesucristo, han crucificado “la carne”, con sus pasiones y sus apetencias.

<sup>25</sup>Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu. <sup>26</sup>No busquemos la gloria vana provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente.

<sup>6,1</sup>Si uno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los poseedores del Espíritu, restauradle con espíritu de suavidad, estando cada uno sobre aviso, pues también tú puedes ser tentado.

Una alusión muy explícita al papel restaurador del Espíritu se refleja en esa última delicada advertencia de Pablo a los “poseedores del Espíritu”.<sup>16</sup>

El Espíritu realiza también a nivel social su acción restauradora del pecado, como cuando **exhorta a cada una de las siete Iglesias de Asia**: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22).

<sup>15</sup> Esos dos términos técnicos (“palin-genesías”, “ana-kainóseos”) expresan bien el papel “restaurador” del Espíritu.

<sup>16</sup> A los poseedores del Espíritu (“pneumatikoí”) les aconseja: “restauradle” (“katartízete”), es decir, “enderezadle de nuevo”.

### 10.3 El Espíritu como restaurador hacia la koinonía escatológica

El Espíritu está realizando ya en nuestro mundo su tarea restauradora. Esta tarea es sobrenatural, va más allá de nuestras leyes interinas de la naturaleza, y tiene un marcado carácter “proléptico” o anticipatorio del futuro escatológico. Como tarea del Espíritu vivificante que es amor, es básicamente una tarea de restaurar la vida personal y las relaciones interpersonales. Vamos a desarrollar bíblicamente diversos aspectos de esta tarea actual del Espíritu, fijándonos sucesivamente en su acción sobre cada una de las personas humanas, sobre su relación de comunión entre ellas y sobre su relación con las personas divinas.<sup>17</sup> Concluiremos presentando el aspecto cósmico de esa tarea del Espíritu, y nuestra participación en ella.

Para dejar bien claro el carácter sobrenatural de la acción del Espíritu en nosotros, a la vez actual y relativa a nuestra realización escatológica, Pablo utiliza dos metáforas mercantiles muy actuales. La primera es la del **sello de garantía**. El Padre nos ha sellado con el Espíritu santo, que es “garantía” de su promesa.<sup>18</sup> Escribe así a los Corintios: «nos selló y dio la garantía del Espíritu en nuestros corazones» (2Co 1,22). Y a los Efesios les dice: «fuisteis sellados con el Espíritu santo de la promesa, que es garantía de nuestra herencia» (Ef 1,13-14). La otra imagen es la del **anticipo**.<sup>19</sup> Escribe a los de Romanos, en un importante texto que comentaremos: «nosotros, que poseemos el Espíritu como anticipo…» (Rm 8,23, cf. §10.4).

Otra metáfora Paulina de esa actividad del Espíritu en nosotros es la de **habitar en**:<sup>20</sup> «Si el Espíritu de Dios habita en vosotros…» (Rm 8,9,11); «El Espíritu santo, que habita en nosotros…» (2Tm 1,14). El carácter definitivo de ese habitar se expresa con la imagen próxima de **ser templo** del Espíritu, nosotros o nuestro cuerpo: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»; «¿…que vuestro cuerpo es templo del Espíritu santo que está en vosotros?» (1Co 3,16 y 6,19).

El Espíritu santo, relación interpersonal y amorosa entre el Padre y el Hijo, nos da a los humanos el “**vínculo de la paz**”, y la “**comunión**” o “**koinonía**”.<sup>21</sup> Recordemos que “paz” y “amor” son frutos del Espíritu (Ga 5,22; cf. §10.2). Pablo exhorta así a los Efesios, a vivir su vocación cristiana «soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,3). Y se despide de los Corintios con una bella fórmula trinitaria: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu santo sean con todos vosotros» (2Co 13,13). Esta comunión o koinonía, expresa la “comunión de los santos” como imagen de la Trinidad.

<sup>17</sup> No queremos disimular el carácter analógico de los conceptos ‘persona’, ‘personal’, ‘interpersonal’ aplicados a seres meramente humanos o también al Ser divino. Pero sólo mediante ese tipo de analogía podemos decir algo de Dios, y esta analogía concreta se basa bíblicamente en que «a imagen suya creó Dios el ser humano… hombre y mujer los creó» (Gn 1,27).

<sup>18</sup> El término técnico para “sellar” con lacre es en griego “sphragízo”, y para “garantía” es “arrabôna”, que se traduce a veces por “arras” o “prenda”. Ambos aparecen en los versos citados en el texto, y además, el primero en Ef 4,30 y el segundo en 2Co 5,5.

<sup>19</sup> El término “anticipo” es en griego “aparché”, que se traduce a veces por “primicias”.

<sup>20</sup> En griego, “oikéo en”, “enoikéo en”, de “oikía”, casa. Templo es “naós”.

<sup>21</sup> Los términos técnicos son: “syndésmos tês eirénes”, y “koinonía”.

El Espíritu santo, en virtud de su mismo carácter de relación interpersonal, nos relaciona a las personas humanas con las personas divinas. Es por medio de Él que se nos revelan “**las profundidades de Dios**”, “**las cosas de Dios**”.<sup>22</sup> Así escribe Pablo, a propósito de resultar inaccesibles a nuestro conocimiento natural la gloria y la intimidad de Dios:

**El Espíritu nos revela las profundidades de Dios (1Co 2,10s)**

<sup>10</sup>Pues a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. <sup>11</sup>En efecto, ¿qué hombre conoce las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.

El Espíritu es el que mueve nuestros corazones a anhelar a Dios Padre como “**Abbá**” (término arameo cariñoso, usado por Jesús en su oración).<sup>23</sup> Transcribamos los dos textos importantes que expresan el sentido de nuestra filiación divina. Están dirigidos a los cristianos de Galacia en Asia Menor y a los de Roma:

**El Espíritu nos dirige al Padre**

(Ga 4,6-7)

<sup>6</sup>La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! <sup>7</sup>De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios.

(Rm 8,14-17)

<sup>14</sup>En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. <sup>15</sup>Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! <sup>16</sup>El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para testificar que somos hijos de Dios. <sup>17</sup>Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con Él, para ser también con Él glorificados.

Y el Espíritu nos introduce también como comunidad en la vida divina. En expresión paulina, somos «conciudadanos de los santos y **familiares de Dios**», puesto que «en el Espíritu hemos sido coedicados para ser **morada de Dios**» (Ef 2,19.22).<sup>24</sup> Y en la tradición petrina se desarrolla la metáfora de la Iglesia que construimos como “**piedras vivas**” en torno a Jesucristo: «Acercándoos a Él, piedra viva, ...<sup>5</sup> también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un **edificio espiritual**» (1Pe 2,5).<sup>25</sup>

<sup>22</sup> En griego: “tà báthe tû Theû”, “tà tû Theû”.

<sup>23</sup> Reflexionando sobre el carácter visible de Dios en Jesucristo y la necesidad de que el Espíritu santo penetre en nosotros para reconocerle como tal, afirma EBERHARD JÜNGEL, 1976, p. 492: «...mediante Jesucristo hemos adquirido el *derecho* indiscutible e irrevocable de llamar a Dios nuestro Padre. Pero es en el Espíritu santo donde tenemos la *necesidad* y la *fuerza* de invocar a Dios como nuestro Padre y vivir nuestra vida como un acto de invocación a Dios.»

<sup>24</sup> En griego: “oikêioi tû Theû”, es decir, “miembros de la casa de Dios”, y “katoiketêrion tû Theû”, “morada de Dios”.

<sup>25</sup> En griego: piedras vivas, “líthoi zôntes”, y edificio espiritual, “ôikos pneumatikós”.

Una expresión clara de este **papel restaurador cósmico del Espíritu**, es la de los cielos nuevos y la tierra nueva. Ella se introduce al final del Tercer Isaías (Is 65,17; véase también 66,22):

**Creación de cielos nuevos y tierra nueva (Is 65,17-19)**

<sup>17</sup>Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no serán recordados los antiguos, ni vendrán a la memoria; <sup>18</sup>antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear. Pues he aquí que yo voy a crear a Jerusalén “Regocijo”, y a su pueblo “Alegría”; <sup>19</sup>me regocijaré por Jerusalén y me alegraré por mi pueblo, sin que se oiga allí jamás lloro ni quejido.

En esta expresión el Espíritu no aparece explícitamente. Pero todo su contexto, de vuelta del exilio y re-establecimiento de Jerusalén, es pneumático-escatológico: el futuro Mesías ungido por el Espíritu (Is 61,1ss), el paraíso escatológico (Is 65, 19-25), el derramamiento del Espíritu desde lo alto (Is 32,15; véase 44,3 y 59,21).

La expresión es retomada en el Nuevo Testamento, con tonos apocalípticos en 2Pe 3,13, y sobre todo en Ap 21,1, como ya vimos (§8.4). La expresión de “los cielos nuevos y la tierra nueva” muestra un claro carácter pneumático, presente ya en la imagen paralela de la ciudad santa que desciende de Dios.

El Apocalipsis nos presenta también el **papel interpersonal del Espíritu**, a un nivel a la vez individual y social, bajo las imágenes de la esposa y el cordero, y de la ciudad que desciende de Dios (Ap 21,2; 19,7).

El dar gratuitamente **el agua de la vida** (Ap 21,6; 22,17) es otra expresión pneumática que, como vimos, fue solemnemente recogida por Jesús en su alusión al Espíritu que recibirán los que crean en Él (Jn 7,37-39; §10.2).

Y el carácter cósmico de esta imagen en el Apocalipsis aparece clara en el río del agua de vida. Procediendo del trono de Dios y del cordero, llena toda la ciudad con sus árboles de vida, y su papel restaurador para todas las naciones. Recordemos que esta imagen cósmica de los cielos nuevos y la tierra nueva implica la desaparición definitiva de espacio y tiempo, de muerte y sufrimiento, e incluso del mar como símbolo de los poderes del mal (cf. §8.4).

Esta acción del Espíritu se va realizando a través de toda la humanidad. Cristianos y no cristianos hemos de colaborar a ella, descubriendo lo valioso del progreso humano. La encíclica *Dominum et Vivificantem* lo recuerda así:<sup>26</sup>

**JUAN PABLO II, “El Espíritu santo penetra todo el mundo humano” (1986)**

Dios uno y trino, que en sí mismo “existe” como realidad transcendente de don interpersonal al comunicarse por el Espíritu santo como don al hombre, transforma el mundo humano desde dentro, desde el interior de los corazones y de las conciencias. ...

Los cristianos, como *testigos de la auténtica dignidad del hombre*, por su obediencia al Espíritu santo, contribuyen a la múltiple “renovación de la faz de la tierra”, colaborando con sus hermanos a realizar y valorar todo lo que el progreso actual de la civilización, de la cultura, de la ciencia, de la técnica y de los demás sectores del pensamiento y de la actividad humana tiene de bueno, noble y bello.

<sup>26</sup>JUAN PABLO II 1986, nn. 59 y 60.

#### 10.4 El Espíritu como madre que dará a luz la nueva creación.

Recientes investigaciones teológicas de la escuela de Moltmann y otras, subrayan **el papel kenótico del Espíritu** en el abandono divino (Mc 15,34) y la muerte de Cristo (del que es Espíritu de vida y relación interpersonal, cf. §10.1).<sup>27</sup> Y llegan a caracterizar el Espíritu como “la presencia divina en el Hijo, aun en la ausencia del Padre”.<sup>28</sup> Desarrollando una cristología pneumática (cf. § 10.1 fin), descubren la iniciativa del Espíritu en el sacrificio de Cristo: «Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios» (Hb 9,14; cf. Hb 7,16, donde se menciona también el Espíritu como “Poder de vida indestructible”<sup>29</sup>). Y descubren el Espíritu sobre todo como **principio de resurrección** y exaltación de Cristo a la diestra del Padre:

##### Resurrección de Cristo en el Espíritu

**(Hch 2,32s):** <sup>32</sup>A este Jesús, Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. <sup>33</sup>Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu santo prometido, y ha derramado lo que vosotros veis y oís.

**(Rm 1,4):** ... Jesucristo Señor nuestro, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, ...

**(1Tm 3,16):** Él [Cristo] ha sido manifestado en “la carne”, justificado en el Espíritu, visto de los Ángeles, proclamado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria.

**(1Pe 3,18):** Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el Espíritu.

Descubren, por fin, cómo este papel del Espíritu pasa de la resurrección de Cristo a **la resurrección de los muertos**. En las cartas de Pablo aparecen hasta cuatro menciones claras de este papel del Espíritu:<sup>30</sup>

##### Resurrección de los muertos en el Espíritu

**(Rm 8,11):** Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros.

**(1Co 6,14):** Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su Poder.

**(1Co 15,12.42-44):** <sup>12</sup>Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andan diciendo algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? ... <sup>42</sup>Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción, <sup>43</sup>se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; <sup>44</sup>se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual [sôma pneumatikón].

**(Flp 3,10s):** y conocerle a él [Cristo], el Poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, <sup>11</sup>tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos.

<sup>27</sup> Véase DABNEY 1997, edición de la tesis presentada en Tübingen en 1989 bajo la dirección de Moltmann, y MOLTSMANN 1991. Véanse también la tesis de MÜLLER 1980, presentada en Kiel, y la de GILLMANN 1980, presentada en Lovaina y resumida en GILLMANN 1982.

<sup>28</sup> DABNEY 1997, p. 237, y pássim.

<sup>29</sup> Este término “Poder”, que reaparecerá más abajo en 1Co 6,14 y Flp 3,10, es en griego femenino: “he dynamis”, “la Fuerza”.

<sup>30</sup> Ibídem, p. 218. Véanse también: 1Ts 4,13s y 2Co 4,14 (donde no se menciona el Espíritu).

Por otra parte, la actual antropología no ayuda a basar nuestra supervivencia en la “inmortalidad del alma”; ni Pablo la basaba tampoco en ella, sino que habla de la resurrección del cuerpo. En vez de “**nuestra alma inmortal**”, habríamos de considerar el “**Espíritu vivificante de Dios**” como lo que nos asegura –como aseguró a Jesucristo– la continuidad de nuestra vida a través de la muerte. Pues nuestra esperanza cristiana de vida eterna, no está basada en nuestra naturaleza o en la naturaleza de nuestro mundo, sino en el poder y amor de Dios.

Así es como lo hacen unánimemente los investigadores de que hablábamos. Y al atribuir al Espíritu (“Pneuma”) la continuidad de la vida, a través de la discontinuidad de la muerte, dicen:<sup>31</sup>

#### **D. MÜLLER, El Espíritu como matriz reproductora (1980)**

El “Pneuma”, que en la tradición judía –distinta de la helenista– permanece como Don y Poder de Dios del que no podemos disponer, adquiere en Pablo el significado de una matriz, que recibe en sí la personalidad, el yo, del creyente, y conserva su continuidad a través de la discontinuidad de muerte y resurrección. ...

El Pneuma, al no estar en principio a disposición humana sino consistir en un Poder divino, permanece el mismo antes y después de la muerte, igual que Dios permanece fiel a sí mismo. Conserva la individualidad humana como portador humanamente indisponible. El Pneuma, como continuo soteriológico entre el hombre viejo y el nuevo, es la matriz que recibe la individualidad y la reproduce.

**Esta matriz** (“Matrix” en el texto original alemán) puede significar un “molde” o “troquel” que recibe una forma y la reproduce mecánicamente. Pero creo que, en el lenguaje analógico de la teología, hemos de entenderla aquí en el sentido más primario de “**matriz como órgano materno**”. Porque, en la resurrección de los muertos, el Espíritu vivificante<sup>32</sup> realiza una acción mucho más profunda que la de una simple reproducción mecánica; y esta acción puede declararse por analogía con la –aún hoy día– misteriosa aportación materna durante la gestación.<sup>33</sup>

Por otra parte, así lo entendió Nicodemo, cuando Jesús le hablaba de volver a nacer del Espíritu, para entrar en el reino de Dios (Jn 3,3-8).

#### **El renacer del Espíritu (Jn 3,3-8)**

<sup>3</sup>Jesús le respondió [a Nicodemo]: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo [o de lo alto] no puede ver el Reino de Dios.”

<sup>4</sup>Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?”

<sup>5</sup>Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. <sup>6</sup>Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. <sup>8</sup>No te asombre de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo. <sup>8</sup>El viento [“to pneûma”] sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo lo que nace del Espíritu.”

<sup>31</sup> MÜLLER 1980, pp. 222s, en parte citado por DABNEY 1997, también en pp. 222s.

<sup>32</sup> En griego, “Pneuma zoo-poiouîn”, literalmente, “hacedor de vida”. Así en: Rm 8,11; 1Co 15,45; 2Co 3,6; Jn 6,63. Véase MÜLLER 1980, pp. 132-136.

<sup>33</sup> Aportación que supera en mucho un proceso mecánico, programado en el genoma del cigoto. Véase: “Componentes genético y materno del embrión humano”, en ABEL 2001, pp. 147s.

Esta función maternal del espíritu, en el renacer glorioso de Cristo y en el de los cristianos, no está ausente de nuestro pensamiento teológico. Moltmann, en su libro *El Espíritu de vida*, presenta sumariamente una tradición muy antigua sobre **el oficio maternal del Espíritu santo**, que arranca de los Padres Sirios y llega, a través del pietismo alemán del siglo XVII, hasta el Conde Zinzendorf y los Hermanos Moravios de Belén, en la Pennsylvania del siglo XVIII.<sup>34</sup> Ni faltan representaciones gráficas del Espíritu santo como mujer, formando una composición con el Padre y el Hijo como varones.<sup>35</sup> Por otra parte Donald Gelpi S.J., teólogo de Berkeley, en su obra *The Divine Mother*, presenta textos de Mario Victorino (s. IV), y muestra cómo los arquetipos de Jung de “mujer” y “madre”, convenientemente retocados, integran y personalizan todos los caracteres del Pneuma, proporcionando una imagen analógica unificada del Espíritu santo como Persona divina, que se echaba mucho de menos.<sup>36</sup>

Aceptemos, pues, este “volver a nacer” metafórico de la resurrección corporal humana como una función maternal general del Espíritu vivificante, cuyo nombre hebreo “Ruah” es gramaticalmente femenino y ha impuesto durante muchos siglos –y sigue imponiendo en el mundo hebreo– su carácter femenino y maternal. Veamos cómo esta “Respiración” o “Brisa” debe realizar su función maternal a un nivel cósmico, para así **dar a luz la creación nueva**. Recordemos un texto capital de Pablo:

**Espera de la creación entera en el Espíritu (Rm 8,19-24)**

<sup>19</sup>Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. <sup>20</sup>La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza <sup>21</sup>de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. <sup>22</sup>Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. <sup>23</sup>Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos el Espíritu como anticipo, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. <sup>24</sup>Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; ...

Así que la creación entera, violentamente sometida por el pecado humano, espera con dolores de parto la liberación gloriosa del Espíritu, al que corresponde un papel escatológico cósmico, prolongación del que realiza sobre nuestros cuerpos.

Creo que esta tarea cósmica escatológica del Espíritu habrá de restaurar el diseño cósmico primordial trazado por el Logos/Sabiduría.<sup>37</sup> El Espíritu vivificante habrá de absorber cuanto es dolor y vaciedad –quizás grandes fragmentos de nuestra evolución cósmica y biológica–. Y habrá de recuperar y glorificar cuanto sea vida verdadera y amor interpersonal, los únicos valores

<sup>34</sup> MOLTSMANN 1991, pp. 174-178.

<sup>35</sup> Tal es el caso de un fresco en la bóveda del crucero de la pequeña iglesia de Urschalling (cerca de Prien, puerto occidental del lago Chiemsee, en Babiera), pintado el siglo XIV, pero descubierto el siglo XX.

<sup>36</sup> GELPI 1998, cap. IX.

<sup>37</sup> Dentro de la teología feminista y en diálogo con las ciencias, se ha propuesto como imagen del Creador –hoy más apropiada que la de “Dios diseñador relojero”– la metáfora maternal de “Dios dando a luz”. Así lo propone Anne Clifford en RUSSELL *et al.* 1998, pp. 299-302. Pero las referencias bíblicas en que se basa (que incluyen Rm 8,22-23), se aplican mejor, como hemos indicado, a la acción restauradora del Espíritu, en orden a la creación nueva.

dignos de entrar en la vida interpersonal de la Trinidad.<sup>38</sup> Recuérdese la “personalidad” intratrinitaria propia del Espíritu, como la Persona que relaciona el Padre y el Hijo.

Ya Teilhard de Chardin, al considerar el futuro de la evolución hablaba de **una socialización**, que respetaría la diversidad de las personalidades, en un super-organismo centrado en el Punto Omega.<sup>39</sup> Y en nuestros días, George Ellis, en sus intentos de introducir en la Cosmología (una Cosmología con mayúscula) la fundamentación social de la moralidad y el sentido, descubre ciertas leyes radicales del Cosmos –establecidas “antes del comienzo”– que nos llevan a una responsabilidad interpersonal y un amor kenótico.<sup>40</sup>

Habríamos de imaginar, pues, la tarea maternal cósmica del Espíritu, en el momento escatológico del **despliegue divino al cesar la kénosis**, desde este punto de vista interpersonal. El Espíritu ha de glorificar el espacio y el tiempo, en la omnipresencia y eternidad epifánicas de las divinas personas, que juegan juntamente con las humanas. Habrá de glorificar la libertad humana, a imagen de la libertad divina, de manera que quede consagrada en la realización interpersonal del amor y por consiguiente incapaz de pecar. Y, como madre vivificante, ha de glorificar la vida, a imagen de la vida divina interpersonal y eterna, exterminando por consiguiente el mal y la muerte. Todo esto está muy lejos de nuestras leyes biológicas de evolución y selección y de nuestras leyes físicas, cuya misma base espacio-temporal habrá sido radicalmente transformada. Yo imagino las leyes glorificadas del cosmos como leyes del tipo de la Gaia de una comunidad de vida sostenida, pero de una Gaia centrada en lo interpersonal.<sup>41</sup>

Concluamos con una bella imagen, con la que Denis Edwards contempla la acción escatológica del Dios trinitario sobre el universo:<sup>42</sup>

**DENIS EDWARDS, La danza escatológica del universo (1995)**

Creo que el modelo que debería atraernos es el del amor mutuo, en el que el influjo del amado no suprime autonomía, sino que la fomenta. Sugeriría que este modelo ha de aplicarse no sólo a la gracia divina que trabaja en las personas humanas, sino también al trabajo del Espíritu santo sobre todas las creaturas. ...

Todo esto sugiere que la voluntad trinitaria de salvación, revelada en la muerte y resurrección de Jesús, acabará en un universo abierto, (para nosotros) impredecible. Este amor es infinitamente creativo y poderoso, pero con el tipo de poder revelado en la muerte y resurrección de Jesús. Mi imagen es la de una danza del universo, una danza dirigida por las Personas trinitarias con improvisaciones siempre nuevas, las cuales acarician a cada creatura y abrazan a su conjunto, respetan la libertad y la estructura de todo cuanto existe, y lo abren hacia lo que es radicalmente nuevo.

<sup>38</sup> La metáfora del nuevo “parto” permite excluir de la nueva creación contenidos de la antigua, que se consideren “andamiaje” o “efectos secundarios”, como integrantes de las secundinas.

<sup>39</sup> TEILHARD 1955, *Oevres I*, trad. cast. *El fenómeno humano*, Epílogo: “El fenómeno cristiano”, pp. 353-361.

<sup>40</sup> Véase ELLIS 1993 y 1994, y también MURPHY & ELLIS 1996.

<sup>41</sup> Véase, por ejemplo, DYSON 1993.

<sup>42</sup> RUSSELL *et al.* 1995, p. 175.